



Encuentro en la Tercera Fase con crema de yogur y fresas

por Magnus Dagon

Alrededor de siete mil millones de personas contuvieron la respiración cuando vieron el ultramoderno módulo lunar aproximarse hacia ésta. A través de la radio, de los televisores, de Internet, repitieron la emoción que mucho tiempo atrás había embargado a sus antepasados cuando el hombre pisó la Luna por primera vez. Sin embargo esta vez era distinto. No se trataba de una carrera espacial, no consistía en la lucha por el poder y la supremacía de dos potencias enfrentadas. El mundo entero colaboraba para que el proyecto llevara la firma de todos los habitantes del planeta Tierra. Nada de banderas con hoces, nada de barras y estrellas, nada de franjas rojas y amarillas; las naciones que alguna vez pusieron su estandarte en la superficie del satélite tenían tanto peso como las dictaduras tercermundistas del continente africano.

A pesar de saber en cada momento lo que tenía que ocurrir, Douglas Dent no podía evitar sentirse embargado por la emoción de estar experimentándolo desde un puesto privilegiado, el del único hombre que podía establecer comunicación con el astronauta Zachary Reindhart, el auténtico héroe, el que escribiría su nombre en los anales de la historia. El hombre que estaba ocupando su lugar. Dent no podía evitar sentir una punzada de envidia. Concretamente, un aguijón que le atravesaba de lado a lado.

Miró los monitores y recibió un informe de mantenimiento. Todo bien. Las señales de la nave eran correctas. Se había mejorado mucho desde los últimos vuelos tripulados, pero no tanto como se hubiera deseado. La NASA y la ESA conjuntas, concluyó, eran mucho más poderosas que separadas. ¿Y qué mejor motivo para unir las que el bienestar mundial?

—Zachary, ¿puedes oírme? —dijo a través del comunicador.

Una breve espera. Dado el estado de nervios al que todos se veían sometidos, resultó eterna.

—Aquí Reindhart. Todo en orden. El jazz ha regresado a la Luna.

De los presentes sólo Dent y unos pocos más cogieron la broma. Neil Armstrong compartía apellido con un mítico músico de jazz y Zachary con otro, lo que había motivado pequeñas bromas internas entre los miembros del equipo.

—Recibido, Zachary. Ya nos tocarás una cuando vuelvas. De momento afina tus instrumentos, vas directo a la vida nocturna del satélite.



Desde el panel se pudo ver cómo la nave se acercaba cada vez más al Terminador, el borde que separa la cara oculta de la visible. Los espectadores vieron, fascinados, cómo la nave se iba adentrando poco a poco donde la mirada no podía seguirla, ni siquiera los más potentes telescopios. Se perdió contacto visual.

Nadie respondió.

—¿Zachary? —la voz de Dent flotaba, densa entre el humo de los cigarrillos, en la sala de control. Le hicieron una señal a sus espaldas. A partir de aquel momento, también flotaría en el ambiente de los hogares del mundo entero.

Silencio. Ruido de interferencias. Dent apagó su cigarrillo y encendió otro. Estaba tranquilo, como cuando uno está en la cola de la máquina de café.

—Aquí Reindhart. La nave ha aterrizado correctamente al borde del Terminador. Todos los sistemas funcionan bien. Comienzo la salida.

Resoplidos por todas partes en la sala de control y en los sofás de ambos hemisferios.

—Ajusta el traje al modo de calor.

Un leve ruido, apenas perceptible de no ser por la precisión de los instrumentos.

—Hecho.

Dent no dejaba de pensar que era curioso que, por mucho que se hubiera avanzado en términos de tecnología aeroespacial, la voz de los astronautas en la Luna siguiera sonando tan lejana e inhumana como en los primeros viajes. Claro que tampoco era nada de lo que nadie se hubiera preocupado especialmente.

—Vehículo explorador en tierra, comenzando exploración de la cara oculta.

Y ahora llegaba el momento más esperado para todos los que estaban escuchando. En vivo y en directo, un hombre caminaría por la misteriosa cara oculta de la Luna, de la que tanto se había especulado, de la que se pensó que siempre había ocultado algo, algo que ni los gobiernos deseaban que se descubriera. Y el vehículo explorador tomaría imágenes, y las mandaría a la sala de control... las cuales serían emitidas en diferido tras asegurarse de que era conveniente que se hicieran públicas. Pero aun así, todos escucharían a Zachary Reindhart, un hombre que estaba a punto de pasar a la historia, cuyas frases posiblemente aparecerían en los libros de...

—¡Es como un pastel gigante!

Dent se quedó callado y dejó que una buena parte del cigarro se consumiera en su boca. Después se limitó a plantearse qué nota había sacado Reindhart en Lenguaje cuando estaba en el colegio.

—Concreta más, Zachary. ¿Qué estás viendo?

—De momento apenas puedo ver más que sombras, pero por Dios juro que... lo primero que me viene a la cabeza al ver la silueta enorme que



tengo delante, a pocos minutos, es que es como una enorme tarta... hasta tiene la forma de las velas y todo.

Dent pensó que ya habría motivos de cachondeo por bastante tiempo entre los miembros de la sala de control. En Marte se habían visto templos, réplicas de Stonehenge, incluso caras, y en la Luna se había visto... un pastel gigante.

Uno de los miembros de la sala le pasó las imágenes del vehículo explorador. Para su sorpresa, efectivamente ese cráter oscuro parecía un colosal postre casero... pero al mirarlo bien, se dio cuenta de que los bordes eran rectos... al menos, extremadamente perfectos, del mismo modo que toda su estructura, sin protuberancias. Incluso el suelo parecía extremadamente pulido.

—Reindhart, ¿me oyes? Escúchame, da la vuelta, ya. Espera nuevas órdenes —dijo tratando de medir las palabras todo lo que pudo, consciente de que medio mundo habría visto la imagen y se estaría preguntando qué ocurría y el otro medio o bien habría salido de la habitación un momento para ir a mear, o bien se habría quedado dormido, o bien habría cambiado de canal.

—Es... ¡es una construcción, Douglas! Es increíble. Se está iluminando... cada vez más...

—¡Sal de ahí, Zachary! ¡Es una orden!

En aquel momento ocurrió algo que la humanidad no pudo olvidar jamás. En todos los hogares del mundo que seguían el acontecimiento, y eran muchos, se escuchó una voz que no pertenecía a Douglas Dent ni Zachary Reindhart. Era la voz de otra raza distinta de la humana, y se dirigía a Reindhart. El primer contacto entre dos especies, un momento memorable para ambas.

—Bueno, ahora os toca a vosotros esconderos, ¿no?

Douglas Dent decidió a partir de aquel día que no volvería a fumar, pues el tabaco le había afectado al oído. Se sentó en la silla, se aflojó el nudo de la corbata y pidió que le trajeran un café.

—Saludos, soy de la Tierra, y... —dijo la voz de Reindhart alta y clara, como si hablara con los indios.

—Sí, sí, hola, ya iba siendo hora de que llegerais. Llevamos más de cinco millones de años esperando con la luz apagada —dijo un hombrecillo de color verde.

Fue entonces cuando Reindhart miró a lo que él creía que era un tarta gigante... y efectivamente comprobó que era una tarta gigante. De metal, claro. Se planteó si debería hacer la próxima pregunta que le venía a la cabeza o si se sentiría un estúpido por formularla. Concluyó que la respuesta era sí en ambos casos y pensó cómo era posible que no le hubieran preparado para esas cosas.

—¿Ésa es vuestra nave espacial?



—¿Eso? Que va, es para vosotros. Nos hemos dado cuenta de que siempre ponéis una cuando hacéis vuestro ritual de saludo.

—¿Ritual de saludo?

—Sí, eso de que estáis todos muy escondidos con las luces apagadas y de repente entra el Elegido y se encienden y gritáis todos ¡Sorpresa! Lo que pasa es que aún no hemos analizado qué son esos conos extraños que os soléis poner en la cabeza ni esos objetos que desenrolláis con la boca como si fueran la lengua de una... espera un momento... —el hombrecillo se sacó un diccionario de la espalda y buscó en una página— serpiente. Eso es.

—Reindhart, ¿todo bien? —dijo Dent al borde de un ataque de nervios. Seguía la conversación, pero era incapaz de dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Eeh... sí, estoy bien... creo. ¿Qué decía el manual acerca de alucinaciones?

—No son alucinaciones, Zachary, todos las escuchamos —aclaró Dent. Acto seguido se acabó el café de un trago y pidió otro—. Recuerda, eres el embajador de nuestro mundo. Dime, ¿qué aspecto tienen? Aún no hemos recibido las fotos del vehículo.

—Son... eeh... hombrecillos verdes.

—¿Cómo?

—Sí, lo que digo. Simplemente.

—Pero, ¿cómo es su capacidad craneal, su número de dedos...?

—Es que no hace falta que describa más, son literalmente hombrecillos verdes. Así como de metro y medio, como los del circo pero después de caerse en un cubo de puré de espinacas...

—¡Medio mundo está escuchando, Reindhart! —replicó Dent desesperado.

—Ah, y se me olvidaba una cosa. Llevan un diccionario. Y hablan inglés. Con acento sureño, si no me equivoco.

Dent no supo qué decir. Al fin se repuso y trató de controlar la extraña situación. Al momento le enviaron la fotografía más reciente del vehículo explorador y decidió que era mejor que la extraña situación le controlara a él.

—Pregúntales —tomó un sorbo de su nuevo café— pregúntales de dónde han sacado el diccionario.

—¿De dónde habéis obtenido el diccionario? —dijo Reindhart más seguro de sí mismo, como si la pregunta fuera a resolver los enigmas del Universo.

—Pues como tardabais tanto y nos aburríamos, decidimos conseguir lectura a ver si os comprendíamos mejor. No entiendo cómo podéis leerlos esto, ni siquiera tiene argumento, aunque al menos nos ha servido para dominar vuestro idioma... alguno de ellos al menos. ¿Bueno, jugáis o no?

—Pregunta —Dent tomó otro sorbo de café— pregunta a qué se refiere con eso de jugar.



—¿Jugar a qué?

—No sé muy bien cómo lo llamaríais vosotros, en nuestro idioma no os sonaría muy bien. Lo más parecido que hemos visto que tenéis es una cosa que llamáis escondite.

—¿Escondite?

—Sí, eso que consiste en que cada uno de vosotros os escondéis y otro tiene que encontraros. Es así aunque con algunas variantes.

—No puedo creerlo. Cinco años de carrera y quince de investigación para esto —murmuró Dent acabándose su café, el del operario de su derecha y pidiendo un cuarto—. Muy bien, Zachary, diles que se expliquen mejor.

—Podéis...

—Sí, ya hemos oído al que está en vuestro planeta —aclaró el hombrecillo verde—. Lo que queremos decir es que en el —sacó un momento el diccionario— en el Universo se está jugando a una especie de escondite pero con culturas en vez de individuos. Y hasta ahora os tocaba a vosotros... ¿cómo lo llamáis...? ligárola.

—¿Lo que estás diciendo es —habló Dent directamente como si se estuviera dirigiendo al alienígena— que nunca hemos encontrado otras razas en el Universo porque se estaban escondiendo de nosotros?

—Sí, eso es.

—¿Y con qué motivo?

—¿Pues con cuál va a ser? ¡Jugar!

—¿Pero no tienen ninguna curiosidad porque su cultura conozca a la nuestra?

—Mira, humano, para que lo entiendas bien pondré un ejemplo de tu planeta. El Universo es como —una ojeada al diccionario— como el patio de recreo de un colegio. Las culturas son como los niños, para conocerse juegan entre ellos, y ¿qué hacen un montón de niños cuando llega uno nuevo y más pequeño que ellos? Pues le toca tener que esforzarse en el juego. Es un poco cruel, pero es así.

—Pero... pero esa no es la manera en que deben conocerse y entenderse las culturas...

—¿Y qué tiene de malo? Hay muchas maneras de conocer a otros, una es de un modo serio y —de nuevo el diccionario— protocolario, pero también puede ser en una fiesta, rodeados todos de diversión. Ahora me dirás que en tu planeta no tenéis eventos sociales donde el propósito es divertirse y conocer gente.

—Sí, pero... ¡pero no son serios! —objetó Dent.

—¿Y qué? ¿Acaso si nos hubiéramos conocido de un modo más serio seríamos más de fiar? Es verdad que hay por el Universo algunas razas que no juegan a esto, sino a atrapar a otras razas... creo que vosotros lo llamáis rescate, pero a nosotros no nos gusta mucho. De todos modos, deberíais saber que existen dos factores que miden indiscutiblemente el grado de



desarrollo de una especie, y son su tecnología espacial y si ya saben jugar a estos juegos. De hecho nosotros pensamos que cuando sois niños estáis más evolucionados, al fin y al cabo los niños en vuestro planeta se pasan todo el día con naves en miniatura y con juegos en grupo.

—Se divierten con el fin de aprender —comentó Reindhart, que empezaba a sentirse marginado y de repente se alegró de añadir un comentario interesante a una conversación que estaba siendo escuchada por el mundo entero.

—¿Pero para qué aprenden?

—Para poder estudiar, y luego trabajar —respondió mecánicamente Reindhart.

—¿Y para qué hacen todas esas cosas?

—Para poder divertirse —concluyó Dent, como si no creyera lo que acababa de decir.

—Por tanto, nos das la razón, humano.

Dent no quiso responder. Ya no se sentía ni con ganas de acercarse la taza a los labios.

—¿Entonces qué? ¿Jugáis?

Silencio. Millones de seres humanos estaban pensando la misma pregunta en ese instante. Al fin Reindhart la pronunció.

—¿Cómo se juega?

—Es sencillo. Como ahora nos habéis encontrado, vamos con vosotros por el Universo para encontrar a las otras culturas que juegan. Y mientras, si queréis, charlamos.

Dent se quedó un momento pensando. Sabía que su palabra, posiblemente, sería tomada como la respuesta oficial de la humanidad. De repente se dio cuenta de que, en el fondo, todo estaba ahí: conocer a una civilización alienígena, entablar amistad, realizar proyectos conjuntos, intercambiar conocimientos. Un poco distinto de cómo lo había esperado, pero estaba allí.

Se puso en pie de nuevo, aunque sólo en la sala de control podían verle, y pronunció una sencilla palabra.

—Jugamos.

Autor: Magnus Dagon (seudónimo literario de Miguel Ángel López Muñoz); Madrid, España.

Relato inédito. Hyperespacio Andrómeda. www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.

